Presentación

«La polarización perniciosa surge cuando los agentes políticos persiguen sus objetivos políticos mediante el uso de estrategias polarizadoras como la movilización de los votantes mediante discursos divisivos, demonizadores, que explotan los agravios existentes; y cuando las élites de la oposición responden con parecidas tácticas polarizadoras o fallan a la hora de desarrollar respuestas no polarizadoras efectivas» (MacCoy y Somer, 2018)

Después de la II Guerra Mundial, la propuesta de Kelsen (en *De la esencia y valor de la democracia*, 1929) fue aceptada mayoritariamente por la filosofía política: la esencia de la democracia exige la presencia de partidos políticos y su importancia irá aumentando a medida que los diferentes sistemas democráticos vayan consolidándose.

Una terrible experiencia y una doble certeza fundamentaban esta posición: el horror del nazismo y del bolchevismo enraizado en Estados de partido único; y el convencimiento de que, por una parte, ningún gobierno puede ser dirigido por una oligarquía política ya que sus decisiones deben regirse por el interés general y la legalidad; y, por otra parte, el convencimiento de que los partidos políticos son instituciones adecuadas para hacer posible la participación política de los ciudadanos.

Sin embargo, la cultura actual (postverdad, postfactualidad, populismo) ofrece hechos que obligan a repensar o, si se quiere, a recuperar con fuerza la propuesta de Kelsen. Porque, primero, los partidos políticos corren el riesgo de destruir la esencia del parlamentarismo: los diputados actúan como portavoces de sus diferentes formaciones, olvidando el interés general y buscando acuerdos puntuales para mantener o alcanzar el poder (tendencia a la oligarquía). Además, segundo, el gobierno y el partido que lo apoya tienden a formar un único cuerpo de intereses perdiéndose la posibilidad de que sean escuchados los verdaderos problemas de los ciudadanos (se quiebra la separación entre los poderes ejecutivo y legislativo). Y, por último, los partidos políticos se han adueñado de tal manera del debate público que todas las preocupaciones presentes en la sociedad civil se convierten en «políticas», obligando a la opinión pública a defender los intereses partidistas -bajo la severa acusación de opinión antidemocrática si dichos intereses son negados- e imposibilitando, así, el necesario contraste de opiniones (diálogo democrático) que posibilita la adecuada paz social (consenso). El resultado de esta grave situación es la profunda crisis de la democracia. Y porque estamos convencidos de que la sociedad civil debe recuperar el señorío sobre el sistema político y obligar a los diferentes partidos políticos a estar al servicio de tal señorío, conviene repensar críticamente y buscar caminos prácticos para enfrentar la situación política que vivimos. Nos jugamos el futuro de las sociedades democráticas.

Este número de *Diálogo Filosófico* quiere ayudar a encontrar fundamentos adecuados para enfrentar esta grave tarea que nos atañe a todos. Esperamos que cumpla con su pretensión.

Antonio Jesús María Sánchez Orantos, cmf.